

Sangre y truenos



En una ocasión tuve un gran perro de Terranova, que era uno de los mejores amigos que nunca haya tenido un muchacho. No sé quién le puso nombre, porque se lo pusieron antes de ser mío; pero quienquiera que hubiera sido, o no sabía historia o no sabía elegir nombres. Se llamaba Nerón, y hasta un perro hubiese odiado tal nombre si supiese a quién había pertenecido.

Todos los cuentos tienen un personaje malo para darles interés. Nerón es el malvado de la historia. Fué un emperador romano que vivió no mucho después de Cristo, y se le considero como el gobernante más terriblemente cruel y perverso que ha existido.

Mató a su madre.

Mató a su mujer.

Mató a su maestro, que se llamaba Séneca, y ciertamente no era un mal maestro.

Debemos pensar que Nerón ordenó la muerte de San Pedro y San Pablo, ya que fueron ejecutados en su tiempo.

Nerón parecía deleitarse viendo sufrir a los otros. Le gustaba ver a los hombres destrozados por las fieras. Esto le divertía mucho. Yo he conocido niños que se divertían tirando piedras a los perros para oírlos aullar, o arrancando las alas a las mariposas. Estos niños deben llevar un Nerón dentro, ¿no os parece?

El hecho de ser cristiano un hombre ya le daba pretexto a Nerón para torturarlo horriblemente. A algunos cristianos los hizo untar de alquitrán y pez, colocarlos en torno al jardín de su palacio y ponerles fuego, como si fuesen antorchas. Se cuenta que Nerón incendió a Roma por el gusto de verla arder.

Se subió a una torre, y mientras contemplaba cómo se extendía el incendio, recitaba versos acompañándose con una lira.

Ardió el fuego día y noche durante una semana y destruyó más de media ciudad. Nerón culpó a los cristianos de haber provocado el incendio. ¿Habéis echado alguna vez la culpa a otro

de lo que vosotros hayáis hecho?

Piensan muchos que Nerón estaba loco de verdad, y suponemos que lo estaba, porque es difícil imaginarse que un ser humano hiciera lo que él hacía no estando loco.

Nerón se construyó un inmenso palacio y lo cubrió profusamente de oro y madreperla. Se le llamaba la Casa de oro de Nerón. En la puerta central colocó una colosal estatua de sí mismo, de cincuenta pies de altura. La Casa de oro y la estatua fueron después destruidas; pero el Coliseo construido unos años después se llamó así a causa de esta estatua colosal que había estado allí en otro tiempo.

Nerón era muy vanidoso. Se creía un gran poeta y cantante. Aunque en ambas cosas era muy malo, le gustaba mostrarse en público, y nadie se atrevía a reírse de él. Si alguien se hubiera atrevido a burlarse, o aun a sonreírse, Nerón lo hubiera condenado a muerte inmediatamente.

Hasta los mismos romanos no cristianos temían y odiaban a Nerón, y decidieron matarlo. Pero antes de que pudieran hacer nada, Nerón se enteró de sus planes, y para evitar ser muerto por su propio pueblo decidió suicidarse. Era tan cobarde, sin embargo, que no se decidía a clavarse la espada en el corazón. Pero cuando estaba indeciso, apuntando la espada contra el pecho y gimiendo, su esclavo, impaciente por terminar de una vez, empujó la espada, muriendo de este modo el peor gobernante de Roma.

Ya es demasiado para primera parte de esta historia de “Sangre y truenos”. He aquí la segunda parte:

A los judíos de Jerusalén les disgustaba la dominación de Roma. Nunca les había gustado; pero temían hacer algo en contra. Sin embargo, en el año 70 después de Cristo, se rebelaron; es decir, se negaron a obedecer a Roma y a pagarle tributos. El emperador envió a su hijo, llamado Tito, con un ejército para poner fin a la rebelión y castigarlos como si fuesen niños desobedientes.

Los judíos se hacinaron en su ciudad de Jerusalén para oponer la última resistencia a los romanos. Pero Tito destruyó la ciudad completamente. Se supone que murieron un millón de judíos. Después saqueó el gran templo y se llevó a Roma todos los valiosos ornamentos.

Para celebrar esta victoria sobre Jerusalén se construyó un arco en el Foro de Roma, bajo el cual desfilaron en triunfo Tito y su ejército. En ese arco aparece esculpida una procesión en que aparece Tito saliendo de Jerusalén y llevándose aquellos ornamentos. El más importante de ellos era un candelabro de oro de siete brazos, del cual vemos hoy muchas copias en bronce. Quizá tengáis alguna en vuestra casa sobre la chimenea.

La ciudad fué reconstruida después, pero la mayor parte de los judíos que escaparon con vida vivieron desde entonces dispersos por todos los países del mundo.

Tito llegó a ser emperador, pero a pesar de la mortandad que había hecho entre los judíos, no fué un emperador malo, como podríais suponer. El creía que hacía bien al matar a aquellos hombres porque se habían rebelado contra Roma. Tito vivía con arreglo a una máxima muy parecida al lema que hoy tienen los niños exploradores:

“Haz, por lo menos, una buena acción al día.”

La tercera parte de esta historia es el “trueno”:



El Vesubio en erupción. Pompeya al pie del Vesubio.

En Italia hay un volcán llamado el Vesubio. Recordaréis que la palabra “volcán” procede del nombre de Vulcano, el dios herrero, y las gentes creían que su fragua, en el interior de un volcán, producía el humo, las llamas y las cenizas. De tiempo en tiempo este volcán, el Vesubio, truena, trepida y arroja fuego, y lanza piedras, gases y rocas fundidas que reciben el nombre de lava. Sin embargo, la gente construye casas y ciudades en las cercanías y hasta vive en las laderas del volcán. Cuando el volcán trepida o arroja fuego, las casas quedan destruidas.

¡Y otra vez las mismas gentes vuelven a construir en el mismo sitio! Había en tiempo de Tito una pequeña ciudad, llamada Pompeya, próxima a la base del Vesubio. Era un lugar de veraneo de los romanos ricos. De pronto, un día del año 79 después de Cristo, cuando Tito acababa de ser proclamado emperador, el Vesubio entró en erupción. Los habitantes de Pompeya no tuvieron tiempo de huir y murieron asfixiados por los gases y enterrados bajo una lluvia hirviente de fuego y cenizas en el mismo sitio en que les sorprendió la erupción.

La población y sus habitantes permanecieron enterrados bajo las cenizas durante cerca de dos mil años, y con el tiempo llegó a olvidarse que allí hubiera habido una ciudad. Las gentes acudieron de nuevo y empezaron a construir casas sobre la ciudad enterrada. Un día un hombre estaba cavando un pozo y encontró una mano de hombre —no una mano de verdad, sino de una estatua—. Lo contó a otros, y todos empezaron a cavar a ver lo que encontraban, hasta que se descubrió toda la ciudad. Ahora muchas personas van a Pompeya para verla tal como era en el año 79 antes de Cristo.

Hay allí casas de recreo de los romanos. Hay comercios, templos, palacios, baños públicos, el teatro y el mercado o foro. Las calles estaban pavimentadas con losas de lava, que muestran aún los surcos marcados por las ruedas de los carros que usaban los romanos. De trecho en trecho hay piedras más altas para pasar de un lado a otro, de manera que en tiempo de lluvia, cuando las calles estaban llenas de agua, pudieran cruzarse

de acera a acera. En el vestíbulo de una casa hay en el suelo un mosaico que representa un perro, bajo el cual aparecen las palabras latinas “Cave canem”. ¿Qué significan estas palabras? ¿Lo adivináis? Significan: “¡Cuidado con el perro!” Era una broma de los romanos de hace dos mil años.

También se encontraron esqueletos de personas que murieron enterradas en vida bajo las cenizas; ornamentos de bronce que usaban las mujeres, vasos que decoraban la casa, lámparas, ollas, cazuelas, platos. Se encontraron igualmente camas y sillas tal como habían sido enterradas; y, lo que es aún más notable, tortas colocadas sobre la mesa, una hogaza de pan medio comida, carne pronta a cocer, una marmita al fuego con las cenizas aún debajo—judías, guisantes y un huevo sin romper, probablemente el huevo más antiguo del mundo.

I-H--S-----V-----



El título de esta narración lo pondré al final, porque, de cualquier modo, no sabrías lo que significa hasta no haber oído la historia. *Así, pues, no debéis anticipar juicios.*

Desde que Cristo fué crucificado, los que confesaban creer en él habían sido terriblemente tratados—”perseguidos” decimos también—. Se les había azotado y lapidado; se les había destrozado con garfios de hierro y se les había quemado vivos. Pero, por extraño que parezca, a pesar de este terrible trato, de día en día aumentaba el número de los que se hacían cristianos. Creían tan profundamente en otra vida después de la muerte y en que serían mucho más felices en aquella vida si morían por la fe de Cristo, que hasta se alegraban de sufrir y morir. Pero al fin el mismo emperador puso fin a todas estas persecuciones. He aquí cómo ocurrió.

Hacia el año 300 de Cristo, Roma tenía un emperador llamado Constantino. Constantino no era cristiano. Sus dioses eran los antiguos dioses romanos; pero probablemente no tenía mucha fe en ellos.

Pues bien; en una ocasión, luchando contra el enemigo, Constantino soñó una noche que veía en el cielo una cruz de fuego, bajo la cual aparecían estas palabras latinas: “In hoc signo vinces”, que quieren decir: “Con este signo vencerás.” Constantino pensó que esto significaba que si llevaba la Cruz de los cristianos a la batalla, sería vencedor. *Como juzgase que merecía la pena hacer la prueba*, ordenó a sus soldados que la llevaran, y ganó la batalla. Inmediatamente se hizo cristiano y exigió a todos los subditos del Imperio que hiciesen lo mismo. A partir de entonces, todos los emperadores romanos que sucedieron a Constantino, menos uno, fueron cristianos.

Para celebrar la victoria de Constantino, el Senado romano construyó un arco triunfal en el Foro de Roma.

Se llamó Arco de Constantino. Tenía tres ojos, mientras que el de Tito sólo tenía uno.

La madre de Constantino se llamaba Elena, fué una de las primeras en convertirse al cristianismo y bautizarse, Después dedicó su vida a obras cristianas, y construyó iglesias en Belén y en el Monte de los Olivos. Se dice que fué a Palestina y encontró la verdadera cruz en que trescientos años antes había muerto Cristo, y envió parte de ella a Roma. Cuando murió, la Iglesia la hizo santa, y ahora la llamamos Santa Elena.

Constantino construyó una iglesia en el sitio en que se suponía que San Pedro había sido crucificado. Muchos años después esta iglesia fué demolida para construir allí mismo otra mucho mayor dedicada a San Pedro.

Pero Constantino no se cuidaba mucho de Roma. Prefería vivir en otra ciudad de la parte oriental del Imperio.

Esta ciudad se llamaba Bizancio. Constantino trasladó la corte de Roma a Bizancio e hizo de ésta su capital. Bizancio recibió el nombre de Nueva Roma, y después se llamó Constantinopla. En griego, ciudad se dice *polis*, palabra que vemos usada en los nombres Annapolis e Indianapolis. Constantinopolis, es una abreviación de Constantinopolis, que significa Ciudad de Constantino.

Apenas se había convertido el Imperio romano al cristianismo, cuando surgió entre los cristianos una querrela que los dividió en dos grupos, porque unos creían una cosa y otros otra. El principal asunto de la discusión consistía en saber si Cristo era igual a Dios Padre o no. Constantino reunió a las partes contendientes en Nicea para resolver la cuestión. Allí los jefes de ambos grupos discutieron acaloradamente, y al fin se decidió que la Iglesia cristiana había de profesar la creencia de que el Hijo y el Padre eran iguales. Después convinieron en que había que expresar esta creencia en palabras adecuadas. Estas palabras son el “credo” (palabra latina que significa “creo”), y por haber sido formulado en Nicea, se le llama Credo de Nicea. Muchos cristianos lo rezan con frecuencia hoy todavía.

Antes de Constantino no había días festivos semanales. El domingo era lo mismo que otro día cualquiera, y las gentes trabajaban y hacían lo mismo fuese domingo o fuese otro día de la semana. Constantino juzgó conveniente que los cristianos tuviesen un día a la semana dedicado a Dios, e hizo del domingo el día de descanso para los cristianos, del mismo modo que a los judíos tenían el sábado.

Pero aunque Constantino era el jefe del Imperio, había otro hombre a quien todos los cristianos del mundo consideraban como jefe espiritual. Este hombre era el obispo de Roma. En latín se le llamó “papa”, que quiere decir padre. Se cree que el primer obispo de Roma fué San Pedro. Durante muchos siglos, el Papa fué el jefe espiritual de todos los cristianos, en cualquier país que viviesen.

Como ahora ya sabéis lo que significa el título de esta historia, lo escribo aquí:

In Hoc Signo Vinces